

sí mucho de caribe. Y en Colombia estos dos ámbitos culturales están en las antípodas uno del otro en muchos aspectos. Pero con seguridad, "huyendo muy delgadito", podrán encontrarse nexos telúricos o de otra índole entre Macondo y, por ejemplo, ese territorio místico de las orillas del Titicaca, donde moran los aymaras, que exploró el boliviano Alcides Arguedas en su *Raza de bronce*.

Para no seguirnos pegando de este clavo caliente de la supuesta literatura andina, podría decirse, en cambio, que esta diversidad geográfica, étnica, idiosincrásica, mítica, mágica, poética, expresada por esta pluralidad de voces provenientes de las breñas andinas o de las costas pacífica y caribeña, es lo que provee de interés a esta muestra y lo que señala la gran fuerza y el gran porvenir de esta literatura.

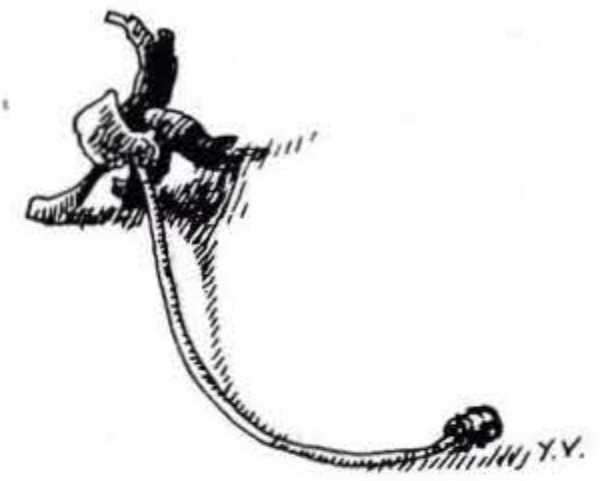
Como en toda antología, y más en esta de tan vastos alcances, los reparos empiezan apenas se echa un vistazo al índice. Un primer problema: la fragmentación de los textos. Los antologistas han tenido que meterse en esa camisa de fuerza de "cien páginas máximo para cada país", según el mandato de la secretaría ejecutiva permanente del Convenio Andrés Bello (Secab), editora del libro. Por fuerza mayor hay que presentar apenas un trozo de las novelas, a sabiendas de que la fragmentación sólo es justificable cuando el trozo posee casi un carácter cerrado o es muy indicativo de la forma del todo novelístico; ya que el propósito estético de una novela se difunde dentro de una estructura general. Pero este es otro clavo caliente.

"Toda antología es, ante todo, una polémica", dice con acierto el antologista de la sección colombiana, Conrado Zuluaga Osorio. A él pudiera reclamársele —con injusta exigencia, tal vez— su olvido de Rafael Pombo y de León de Greiff. También reprochársele la inclusión de los cuentos de José Félix Fuenmayor (calidad precursora) en un espacio demasiado grande que bien hubiera podido compartir con Manuel Mejía Vallejo o Álvaro Cepeda Sa-

mudio. En los otros nombres da en el blanco: Silva, Barba Jacob, Carrasquilla, Rivera e Isaacs. Y respecto a García Márquez ha tenido el buen juicio de usar el pasmoso inicio de *Cien años de soledad*, lectura que sin duda inducirá al lector joven a buscar la continuación de esta magia narrativa en la obra completa, como lo dice Perogullo en contra de la derecha filistea.

El libro está destinado a profesores y estudiantes de educación secundaria de los países de la subregión, con el objeto de "renovar el interés por sus valores literarios". Ojalá que esta exhortación de la Secab no se asuma muy académicamente. Los buenos lectores fueron (¿son?) ante todo lectores hedónicos; su hábito de la lectura lo consiguieron probablemente leyendo a Verne y a Salgari, antes que a Proust o a Joyce. Seducir para la literatura es tarea ardua hoy en día. Está la televisión con su hipnótica carga de banalidad, atrofiando cualquier naciente sensibilidad para la buena literatura. Y cien cosas más atentan contra este desarrollo de la apreciación estética. El descubrimiento (ya no el deslumbramiento) de la poesía se efectúa hoy en el a veces tedioso mundo académico. Se instauran así otras formas ya más metodológicas de abordar este vasto florilegio de "obras cumbres", como las llama la Secab. Por ejemplo: confrontar la visión del tema indigenista en el ecuatoriano Jorge Icaza y en el boliviano Alcides Arguedas; trazar un itinerario que arranque con la sensual y conmovedora música de la poesía de Silva, pasando por la fuerza innovadora de Vicente Huidoro ("Por qué cantáis la rosa, ¡oh poetas! hacedla florecer en el poema"), hasta llegar a la profundidad lírica del más grande poeta peruano, César Vallejo. Y, por fin, esta antología da al lector joven la posibilidad de husmear en las literaturas que no cuentan propiamente con cañones propagandísticos. Tal los casos de la panameña, la boliviana, la ecuatoriana, la venezolana.

RAÚL JOSÉ DÍAZ



¡Cuidado Honorio, vas a besar un lugar común!

Las embrujadas del Cinaruco

Alfonso Hilarión Sánchez

Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1985, 174 págs.

La belleza de las Cabanillas les atrajo la fatalidad. La maldición de Candela Basán las destinó a morir jóvenes. El libro de Alfonso Hilarión Sánchez se abre con la muerte de Florencia Cabanillas y termina cuando cesa la maldición, que recuerda el comerciante en ganado Antonio Roldán a Rosa María Cabanillas.

La hermosura de las Cabanillas hizo que el menor de los Basán, pícaros que viven de arrear ganado vendiéndolo en bolívares, se enamorara locamente de tu tía Cenobia. Repudiado, el muchacho murió de amor. Su madre, la temida candela Basán, juró acabar con las hermosas Cabanillas.

Todas tus tías han muerto jóvenes, pues ninguna podía tener marido, ni asistir a joropos, alboradas o parrandas. Créeme, son cosas del llano. Yo conozco el alcance de estos maleficios, por eso aconsejé a tu madre huir, escondiéndose en mi hato, perdido en los confines con Venezuela. Elogié su patriotismo: jamás quiso abandonar el país.

El núcleo del relato reposa sobre dos ideas muy sugestivas: la belleza que es fatal para sus poseedores y el mundo misterioso de la maldición que no respeta distancias y que es

inexorable. Las dos ideas, sin embargo, se pierden por falta de profundidad. La obra no es un medio para indagar el mundo misterioso de los hechizos. El autor habla del misterio pero no ayuda a entrar en él. Tampoco nos transmite su temblor. Se queda en el umbral de esa manera de concebir la vida y el mundo, que es la magia. Si nos dice que utilizaban bebedizos que paralizan la voluntad, no nos comparte el mundo fascinante del que proviene esa sabiduría. Uno no sabe, entonces, hasta qué punto es sólo un ingrediente suficientemente efectivo para sostener el relato. Ingrediente que se queda en la sola palabrería, como aquí, cuando habla de la noche: "Seis horas llevaban cabalgando en la noche lóbrega, asaltada de misterios, llena de lamentos y quejidos, insondable y medrosa".

Tres Cabanillas aparecen en la novela. Florencia, con cuya muerte comienza el relato; Rosa María, que relaciona los dos varones más significativos de la historia: Honorio Beltran, con quien se casa, y Plutarco, su hijo adoptivo, que luego desposaría a Mariela, la última de las Cabanillas, hija de Honorio y Rosa María. *Las embrujadas del Cinaruco*, como todos los personajes del libro, carecen de complejidad. Su personalidad no es contradictoria. No tiene pliegues ni claroscuros. Las Cabanillas son de una hermosura avasalladora, deslumbrante. Son dulces, armoniosas, caritativas, justas, bondadosas. Las tres Cabanillas que aparecen en el libro no se diferencian unas de las otras. Todas son de una "hermosura famosa", "espaldonas", y el escritor sólo se preocupa por contarnos que cada una es "más mujer" que la anterior.

El libro no se propone entrar en los personajes, ni siquiera en los que le dan nombre. Construye estereotipos. Esos rostros pobrememente esbozados no adquieren vida independiente de su creador. Carecen de interioridad en un mundo mutilado, reducido al mundo de los sentidos exteriores y de la evidencia. El manejo de los estereotipos conduce por momentos a situaciones no muy suti-

les. Como aquí, con Rafaela, descendiente de los Basán, encarnación del mal:

Rafaela pensó conveniente figurar de primera como mujer y por eso se metía en toda reunión, tenía que acabar con la supremacía de Ercilia.

Cuando Honorio estaba con los peones, frente a la cocina, o en cualquiera de los corredores, se sentaba entre todos los hombres. No encontrando qué decir, principiaba:

—Ese Juan Pata, cuando quiere café dice: esta taza quiere café. Como solamente se reía Rafaela del chiste, que contaba como gran ocurrencia, cuando terminaba de reírse, agregaba:

—¡Eh! ¡Es que es bandido el hombre!

Seguía con otras simplezas hasta que otro cogía la palabra.

Esa limitación de los personajes se observa también en el lenguaje puesto en su boca. En general, los diálogos no se avienen con los personajes. La palabra no configura al personaje. Don Antonio Roldán, en un pasaje mencionado arriba, alaba el patriotismo de Florencia Cabanillas, en una apreciación abstracta, difícil de concebir en la boca de un hombre rústico.

Los diálogos muchas veces recaen en lo obvio y son, en general, artificiales, abruptos.

Sin saludar, Rafaela puso las bandejas sobre la mesa.

Rafaela unas veces se muestra autoritaria y otras cohibida, pensativa.

—Ahora veo la necesidad de cambiarla por Ercilia, aprovechó Honorio.

—Anocheció de mal genio, mañana le pasara, suavizó Rosa María.

Claro que hay momentos en que el lenguaje y las situaciones se avivan con su aproximación al habla llanera; hay situaciones que generan ternura. Pero son chispazos. Muy pronto se

vuelve al relato, que se sostiene sólo por la acción que atropella, y al narrador que describe de manera sumaria.

Mientras tanto, Flor Alba acaba de llegar con Plutarco de siete años, a San Antonio del Táchira, dirigiéndose a la casa de su hermana Perci, viuda de cuarenta años, sin hijos.

Técnicamente, la novela no ofrece novedades. El narrador omnisciente se alterna con los diálogos. No hay más recursos, y esta pobreza puede influir en la incapacidad de la novela para mostrar un mundo menos elemental que el que revela. Esta novela renuncia al convencimiento y la aventura del lenguaje. Y esta renuncia lleva a la banalidad y la frivolidad.

Cuando en 1952 Eduardo Caballero Calderón publicó su *Cristo de espaldas*, visión liberal sobre la violencia colombiana, al año siguiente Alfonso Hilarión Sánchez publicó *Balas de la ley*, especie de contraparte del libro de Caballero.

Ese hecho histórico, antes que nada, da importancia a este escritor, que aparece ahora con su cuarta novela: *Las embrujadas del Cinaruco*.

HERNANDO VARGAS

Tres bolas, dos strikes

El cuarto bate

Roberto Montes Mathieu

Plaza y Janés, Bogotá, 1985, 138 págs.

Montes Mathieu toma, con este su primer libro, el lugar que le corresponde dentro de la nueva narrativa colombiana. Estos catorce cuentos son muy representativos de la tendencia actual: el propósito incesante de radiografiar la realidad nacional con la mirada puesta en el ámbito particular de cada narrador, en este caso específico la costa, su gente, sus maneras de pensar y de actuar, la influencia del entorno físico en el delineamiento del ser interior.